

LA VIDA
DESPUÉS
DE LA MUERTE

Yogui Ramacharaka

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.

Traducción: Federico Climent Terrer

© De la presente edición:

Editorial Creación

Jaime Marquet, 9

28200 - San Lorenzo de El Escorial

(Madrid)

Tel.: 91 890 47 33

E-mail: oficina@editorialcreacion.com

www.editorialcreacion.com

Primera edición: Noviembre de 2008

ISBN: 978-84-95919-37-3

Depósito Legal: M. 49.202-2008

Printed in Spain

Impreso en España por Lavel Industria Gráfica

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ÍNDICE

Capítulo 1: EL MÁS ALLÁ.....	7
Capítulo 2: LA ILUSIÓN DE LA MUERTE.....	12
Capítulo 3: PLANOS DE EXISTENCIA.....	17
Capítulo 4: EL MUNDO ASTRAL.....	23
Capítulo 5: DESPUÉS DE LA MUERTE.....	28
Capítulo 6: EL SUEÑO DEL ALMA.....	33
Capítulo 7: EL DESPERTAR DEL ALMA.....	38
Capítulo 8: TOPOGRAFÍA DEL PLANO ASTRAL...	43
Capítulo 9: ALMAS INFANTILES.....	48
Capítulo 10: EXPERIENCIAS RELIGIOSAS.....	53
Capítulo 11: CIELO E INFIERNO.....	58
Capítulo 12: EXPRESIÓN ASTRAL.....	64
Capítulo 13: ACTUACIÓN ASTRAL.....	69
Capítulo 14: ASOCIACIÓN ASTRAL.....	74
Capítulo 15: COMUNICACIÓN ESPIRITUAL.....	79
Capítulo 16: LAZOS MUNDANOS.....	84
Capítulo 17: CASCARONES ASTRALES.....	90
Capítulo 18: EL SEGUNDO SUEÑO DEL ALMA.....	95
Capítulo 19: RENACIMIENTO.....	100
Capítulo 20: MÁS ALLÁ DE LA REENCARNACIÓN	105

CAPÍTULO I

EL MÁS ALLÁ

Una de las preguntas que con más frecuencia escuchan los instructores de la sabiduría oriental es: «¿Qué enseñáis acerca del más allá de la muerte?».

Al ocultista experimentado siempre le parece extraña esta pregunta, pues le produce el mismo efecto que si preguntaran a cualquiera: «¿Qué enseñáis acerca de la acera de enfrente de la calle?».

Desde luego que mayúscula fuera la extrañeza de quien escuchara semejante pregunta, pues para saber lo que hay en la acera de enfrente de la calle le bastará al interrogador verlo con sus propios ojos.

El instructor oriental ya no se admira de la multitud de pruebas del resultado de las meramente teóricas y dogmáticas enseñanzas de la mayoría de instructores y predicadores del mundo occidental, que son «como ciego que guía a otro ciego», pues carecen de medios para comprobar sus afirmaciones y se contraen a transmitir lo que ciegamente recibieron de otros, quienes a su vez allegaron del mismo modo su instrucción.

Por el contrario, en Oriente hay muchísimos individuos de muy evolucionadas facultades psíquicas y espirituales para quienes los fenómenos de la otra vida son tan familiares como los de la terrena, y el mundo de ultratumba es para ellos tan real y efectivo como el ordinario ambiente del mundo físico.

Para los ocultistas avanzados no es el más allá un mar inexplorable sino tan perfectamente conocido en sus corrientes, pro-

fundidades, islas y generales características como para el experto marino occidental pueda serlo el Atlántico.

Además, a todo oriental instruido se le enseñó desde niño que los fenómenos del otro mundo no han de ser materia de creencia por fe, sino que pueden *conocerlos* efectivamente cuantos quieran emplear tiempo y estudio en educir las superiores facultades latentes en todo ser humano.

Sin embargo, por la misma razón, el avanzado ocultista oriental se ve perplejo, por no decir desalentado, cuando ha de comunicar sus conocimientos sobre el asunto a los estudiantes occidentales cuya mente repugna por instinto aceptar la verdad según la aceptan los estudiantes orientales.

Como quiera que el occidental no ha realizado por positiva experiencia ciertos fenómenos psíquicos y espirituales en que se fundan las enseñanzas sobre este punto, exige «pruebas concluyentes» de dichos fenómenos antes de pasar adelante.

Por otra parte, para conocer estos fenómenos es indispensable *experimentarlos personalmente*, y así no valen argumentos ni razones para convencer de una verdad que ha de servir de fundamento a las enseñanzas.

En consecuencia, el estudiante occidental, o bien acepta por fe las afirmaciones del instructor o las disputa por conjeturas y especulaciones; y como en Occidente se cuentan por millares las conjeturas y especulaciones de esta índole, el estudiante puede muy bien excusarse de no aceptar ninguna de ellas, porque, según suele argüir: «tan buena es una hipótesis como otra».

Al exponer los fenómenos del más allá, a que está dedicado este volumen, debe advertir desde luego el estudiante que no se le podrá proporcionar ninguna prueba material si no tiene muy actualizadas sus facultades psíquicas y espirituales, porque sin ellas la prueba demandada sería semejante a la que un ciego exigiera de la existencia de los colores o un sordo de la del sonido.

La naturaleza de las cosas impide dar prueba material en dicho caso.

¿Qué método cabría emplear para explicar la sensación gustativa del azúcar a quien jamás hubiese probado un dulce?

Por tanto, téngase muy en cuenta que las enseñanzas de este libro no se exponen como *prueba* de los fenómenos del otro mundo, sino tan sólo a manera de relato de un viajero que vuelve de un país extraño y cuenta las peripecias de su viaje y lo que allí ha visto.

Dijimos a los estudiantes de nuestras primeras lecciones: «Los instructores orientales no exigen de nadie que acepte ciegamente lo que se le enseña. Por el contrario, advierten al estudiante que sólo acepte por verdad lo que haya comprobado personalmente, pues ninguna verdad es verdadera hasta que uno la ha corroborado por su propia experiencia.

»Pero también se le advierte que para comprobar así una verdad ha de educir y vigorizar las facultades indispensables para la comprobación.

»El instructor sólo quiere que el estudiante confíe en él como en quien le señala el camino, y así le dice: "Éste es el camino. Ve por él y encontrarás lo que te he enseñado. Tómallo, pésalo, mídelo, pruébalo y lo conocerás por ti mismo. Cuando llegues a cualquier punto del camino sabrás tanto como yo y quienquiera que haya pasado por aquel punto; pero hasta que allí llegues no tendrás más remedio que aceptar cuanto te digan quienes ya lo traspusieron o rechazar todo cuanto a dicho punto se refiera. No aceptes nada definitivamente hasta que por ti mismo lo hayas comprobado; mas si eres prudente aprovecharás los consejos y experiencias de quienes en el camino te precedieron. Cada cual ha de aprender por experiencia, pero los ya experimentados pueden señalar el camino a los inexpertos. En cada etapa observarás que quienes ya están más adelante dejaron señales, hitos y marcas para instrucción de los que les seguían. El hombre prudente aprovecha estas señales. No te exijo fe ciega, sino tan sólo confianza hasta que seas capaz de de-

mostrar por ti mismo las verdades, que te expongo, como a mí me las expusieron mis instructores”».

Los escépticos occidentales podrán objetar que no damos «pruebas científicas» de nuestras afirmaciones acerca de los fenómenos del más allá.

Si por «pruebas científicas» se entienden las de la ciencia física, estamos de acuerdo en que no las aducimos; mas para los ocultistas avanzados el adjetivo «científico» tiene un significado mucho más amplio.

Quien espere pesar, medir y calcular las cosas espirituales con métrica material fracasará sin remedio, pues nunca obtendrá la deseada prueba.

Los aparatos físicos sólo sirven para objetos físicos, y el mundo espiritual tiene peculiares aparatos con que registrar sus fenómenos.

Por tanto, deseamos que comprenda bien este asunto quien comience a estudiar este libro, y sepa de antemano que no le ofreceremos ninguna prueba material, pues en parte alguna se hallarían semejantes pruebas.

Tampoco argumentará este libro, porque no hay base de argumentación entre los que ven el más allá y aquellos cuya visión se contrae al plano físico.

Sin embargo, esto no significa que vayamos a exponer un cúmulo de absurdas afirmaciones con la pretensión de que el lector las reciba como artículo de fe. Lejos de nosotros semejante intento.

Porque aunque la razón por sí sola no sea capaz de rasgar el velo que separa la vida de la muerte, puede, no obstante, si está libre de prejuicios dogmáticos, percibir cierta racionalidad en las afirmaciones verídicas de los fenómenos del mundo invisible, que por lo congruentes con otros fenómenos ya aceptados explican racionalmente lo que de otro modo fuera inexplicable. En resumen, se verá que nuestras enseñanzas concilian hechos en apariencia antitéticos y enlazan muchos puntos oscuros que,

si bien aceptados por la razón, no se habían podido estructurar ordenadamente en un concepto mental.

Exhortamos al lector a que difiera su juicio hasta leído atentamente todo el libro y bien considerado lo leído.

Aun así, convendrá que vuelva a leer y considerar cuanto exponemos, y después se pregunte: «¿No parece todo esto lógico y probable?». Si sólo puede aceptarlo como hipótesis, que con ello se satisfaga, aunque nosotros sonreiremos de que tome por hipótesis lo que experimentalmente comprobaron los ocultistas de toda época.

Pero si detenidamente se consideran las enseñanzas expuestas en este libro, resultarán cada vez más razonables según transcurran los años, pues todas las experiencias del individuo se acomodarán al carácter general de las enseñanzas, que irán substituyendo a los viejos y rutinarios conceptos.

No es fácil apartarse o desechar la verdad una vez conocida, porque hurgará con irresistible prurito luego de alojada en el oído mental de quien la escuche, y tras el oído está aquella parte del ser humano que aunque revestida de varias envolturas conoce la verdad.

Por mucho que la niegue el individuo no podrá substraerse a la verdad una vez que su semilla le haya caído en la conciencia, porque la nutrirá la subconciencia y en tiempo oportuno brotará y florecerá.

De suerte que no importa si el lector es incapaz de asimilarse las enseñanzas desde luego, porque largo es el tiempo y cada cual lo tendrá de sobra para madurar la lección.

Al fin y al cabo, toda enseñanza no es más que un procedimiento de siembra.

Algunas semillas caerán en pedregales; otras en las márgenes del camino donde las devoren las aves; otras en suelo estéril; pero no dejarán de caer, aunque sean pocas, las que arraiguen en feraz terreno y con el tiempo broten, entallezcan, ahijen, medren, florezcan y fructifiquen.